



EL Dominó Amarillo



El Dominó Amarillo

Hubo una noche en Viena en la que el mundo
continuó girando como siempre,
mientras una mujer decidió dejar de obedecer al
destino que otros habían trazado para ella.
No fue un desafío político ni una fuga calculada:
fue algo más sencillo, más íntimo, más humano.
Una necesidad de ser, por unas horas,
la versión verdadera de sí misma.

Aquel invierno la ciudad estaba cubierta por un
silencio blanco y una disciplina impecable.
Las carrozas avanzaban pesadas, los salones ardían
de luces y protocolos,
y las máscaras —las de verdad, no las de seda—
pesaban sobre todos con la naturalidad de lo
inevitable.

Pero en una estancia retirada del palacio, lejos del
murmullo dorado de la corte,
una mujer observaba su reflejo como si ese rostro
fuera un territorio ajeno.

Su nombre aparecería solo una vez en esta historia.
Después, desaparecería por completo bajo la tela
brillante de un dominó amarillo.
Un gesto pequeño, casi infantil,
capaz de desordenar el mapa entero de una vida
imperial.

La travesura comenzó como empiezan los grandes
secretos:

con un susurro, una puerta entornada
y la certeza de que nadie la detendría.

Esa noche no buscó ser vista.

Buscó ser olvidada.

Y en ese olvido encontró algo parecido a la libertad.

En el gran salón del baile —un océano de máscaras,
música y deseo de escapar—
ella aparecería de cuerpo entero en el último escalón,
oculta hasta la raíz del cabello,
mirando a un joven que, sin saberlo,
se convertiría en la chispa más ligera y luminosa de
toda su vida.

A tres metros de distancia, él la contemplaría sin
reconocerla, aunque algo en su interior le decía que
sí, que le resultaba familiar.

Ella, en cambio, lo miraría como quien se encuentra
con un tesoro inesperado.

No por amor, ni por destino,
sino por la pura alegría de saberse invisible.

Aquella noche no cambió la historia de un imperio.

Cambió algo más delicado:

el pulso secreto de una mujer que, por primera vez en
años,
se sintió libre detrás de un antifaz y la travesura que
se animó a vivir.

Y ese es el comienzo.

La mujer que se ocultó para encontrarse.

La noche que se volvió leyenda.

El eco de la orquesta subía por la escalera como una columna de aire dorado. Cada nota se quebraba en los peldaños de mármol y volvía al salón en forma de susurro, como si las paredes quisieran aprender de memoria cada compás de aquella velada.

Avanzó despacio, escondida bajo el dominó amarillo.

La tela, abundante y pesada, formaba pliegues que caían hasta los tobillos y dibujaban una pequeña ola de luz cálida a cada paso. Las mangas por su anchura guardaban el movimiento de sus brazos, la capucha elevada ocultaba el cabello tanpreciado y conocido, y la máscara amplia borraba cualquier rastro de su hermoso rostro. Solo quedaban los ojos, dos ventanas silenciosas color ámbar detrás del velo marfil de la careta.

Desde la mitad de la escalera, se detuvo para mirar el salón. Candelabros altos, cortinajes color cobre, destellos plateados en los bordes de los balcones, un murmullo de seda y terciopelo que se mezclaba con risas breves. Todo parecía dispuesto para un juego que aún no conocía del todo, pero cuya regla principal intuía: nadie debía mostrarse del todo, nadie debía decir su verdadero nombre.

Entonces lo vio.

Junto al último peldaño, de espaldas a la orquesta y ligeramente vuelto hacia la escalera, estaba él. No llevaba máscara. Un traje vienés oscuro, impecable, dibujaba su figura con una sobriedad que contrastaba con los disfraces brillantes del resto. La luz de los candelabros le marcaba el perfil, la línea firme de la mandíbula, la serenidad extraña de quien ha llegado a un lugar que reconoce sin comprender por qué.

Ella quedó inmóvil, como si el dominó se hubiera anclado al mármol. No era el rostro lo que la retenía, sino algo más discreto: la manera en que él respiraba, la quietud en medio del baile, la atención casi invisible con la que escuchaba a la orquesta mientras todos hablaban por encima de la música.

Sintió que el tiempo se encogía un poco.

Las parejas giraban a su alrededor, los abanicos se abrían y se cerraban, las notas del violín trazaban arcos sobre el aire; sin embargo, entre el hombre sin máscara y la figura amarilla en la escalera comenzaba a dibujarse un espacio diferente, una especie de claro silencioso dentro del tumulto. Un lugar donde, sin saberlo, ambos habían aceptado encontrarse.

Un leve movimiento de su capa delató un nerviosismo nuevo. El dominó amarillo, tan voluminoso, parecía demasiado pequeño para contener la mezcla de miedo, curiosidad y una ternura antigua que no venía de esa noche, ni de esa

ciudad. Había algo en su presencia que la llamaba por un nombre que nadie utilizaba en aquel salón.

Él levantó la mirada.

Solo un instante, casi un gesto mínimo, como si un ligero cambio en la música le hubiera hecho alzar los ojos hacia la escalera. Pero fue suficiente. La encontró. La figura amarilla, detenida en el último tramo, resumía todas las luces de la sala en una sola mancha cálida. No podía ver su rostro, ni adivinar su edad, ni su historia. Aun así, una certeza le atravesó el pecho con la delicadeza de una nota sostenida: no era la primera vez que la miraba así.

Sus miradas se sostuvieron sin esfuerzo. No había desafío en aquel cruce, ni juego de seducción aprendido, ni cálculo. Más bien la sensación de que ambos se estaban reconociendo en un fragmento de memoria que pertenecía a otra parte, tal vez a otra vida, quizá a un territorio donde los encuentros no dependían del azar. Un fugaz encuentro en medio de la eternidad.

Ella contuvo el impulso de bajar los últimos escalones. Pensó en dar media vuelta, regresar al piso superior, mezclarse entre risas y abanicos, esconderse en la seguridad del anonimato. Pero los pies, ocultos bajo el dominó, eligieron quedarse quietos. Algunas decisiones se toman con la mente; otras, simplemente se revelan cuando el cuerpo se niega a retroceder.

Él dio un paso hacia la escalera.

El violín se elevó sobre el resto de la orquesta, alargando una nota aguda que hizo vibrar las lámparas. Una pareja tropezó cerca, una carcajada resonó junto al barandal, alguien dejó caer un guante, pero nada consiguió borrar el hilo invisible que unía la mirada de aquel hombre sin máscara y la figura envuelta en amarillo.

Ella bajó un peldaño.

El corazón le acompañó el movimiento con un golpe más fuerte, como si quisiera adelantarse al resto del cuerpo. El dominó se abrió un poco, dejando ver el comienzo de un zapato claro, la curva tímida del empeine. No era un gesto pensado, pero tenía algo de presentación solemne, como si la noche quisiera anunciar que la partida acababa de comenzar.

Él se detuvo a dos pasos del primer escalón.

A tan poca distancia, la máscara blanca parecía aún más inexpresiva, y, al mismo tiempo, más elocuente. La capucha ocultaba por completo cualquier mechón de cabello; las plumas suaves que la coronaban dejaban caer una sombra delicada sobre la frente cubierta. No había nombre, ni título, ni historia visible. Solo aquel amarillo envolvente y una quietud intrigante.

Ella percibió su perfume discreto, amaderado, casi imperceptible, una mezcla de jabón fino, madera

pulida y un toque lejano de tabaco rubio. Un olor que no pertenecía a un desconocido.

Ella habló primero

La máscara inclinó un poco la cabeza, apenas lo justo para que la luz de los candelabros acariciara el borde marfil. Las plumas de la capucha se movieron con un leve aliento, como si el aire hubiera decidido anunciar la frase antes que la propia voz.

«Soy extranjera.»

La palabra cayó entre ambos como una nota suelta, ligera y firme al mismo tiempo. No llevaba disculpa ni orgullo, solo la claridad de alguien que se sabe fuera de lugar y, aun así, decide permanecer.

Él no respondió de inmediato. No retrocedió. No avanzó. Simplemente acogió la palabra como si fuera una llave que no esperaba recibir.

Ella continuó, manteniendo la distancia de un suspiro.

«Extranjera... y recién llegada. Este salón no se parece a nada conocido. Quizá por eso me detuve en la escalera.»

Sus dedos se cerraron un instante bajo el dominó, gesto invisible para cualquiera salvo para quien la observaba con esa atención tranquila. La música siguió tejiendo círculos a su alrededor; las parejas flotaban en torno a ellos como un torbellino ajeno.

Él ladeó la cabeza con suavidad, sin perderla de vista.

Ella sostuvo el silencio un segundo más, como si la máscara necesitara asentarse sobre aquella declaración.

«Si incomoda, puedo apartarme.»

Las últimas palabras no tenían sumisión. Eran una delicada advertencia: estaba dispuesta a desaparecer en la multitud, pero también a quedarse si la noche aún guardaba un resquicio para los que no pertenecen a ese mundo.

Él abrió la boca para responder, y el instante se tensó con la precisión de un hilo dorado que empieza a sostenerse.

Él respiró despacio, como si las palabras que ella había pronunciado necesitaran un espacio propio para asentarse entre ambos. Alzó un poco la mirada hacia la máscara, sin pretender atravesarla, solo reconociendo su presencia tras ese velo marfil.

«Extranjera... en esta ciudad es una palabra más amable de lo que parece.»

La frase no llevaba burla ni condescendencia, solo una serenidad cálida, casi antigua, como si cada sílaba estuviera dicha para no asustarla. Él mantuvo las manos a la vista, sin avanzar ni retroceder, respetando ese delicado territorio que ella aún defendía.

«Muchos llegan aquí sintiéndose ajenos a todo. La música suele tardar en adoptarlos.»

El murmullo del salón pareció atenuarse alrededor de los dos. Algunas miradas se desviaron hacia la pareja detenida en el pie de la escalera, pero el instante tenía una intimidad tan propia que ninguna curiosidad logró atravesarlo.

Ella no se movió.

Él inclinó levemente la cabeza, gesto mínimo, casi un saludo silencioso.

«Si deseas apartarte, nadie te lo impediría.»

Una breve pausa.

«Pero si eliges quedarte... este lugar será menos inhóspito.»

El violín moduló una curva suave, y la luz dorada se filtró entre el dominó amarillo como un suspiro cálido. Ella no respondió aún, aunque el peso del silencio empezó a transformarse, como si la noche reclamara un nuevo compás entre los dos.

La palabra «extranjera» aún parecía flotar entre ambos, como si necesitara encontrar su lugar en aquel salón rebotante de identidades prestadas.

Bajó un poco la cabeza, no en sumisión, sino en un gesto de cautela. La capucha ocultó por completo cualquier mechón, reforzando el misterio que la rodeaba. El dominó amarillo respiró con ella, un movimiento leve, silencioso.

«No busco que esta noche me adopte.»

Pausa breve.

«Solo deseo cruzarla sin estorbar.»

Él asintió con una suavidad que casi no se vio, como si reconociera esa forma de existir entre sombras sin pedir permiso.

Ella añadió, con voz más baja:

«Y aun así... me he detenido contigo.»

Las parejas siguieron girando. La música avanzó un compás. Nadie parecía escuchar aquella confesión mínima.

Él dio un paso a un lado, creando un espacio abierto entre ambos, sin invadirla.

«Entonces cruza conmigo.»

No lo dijo como invitación de baile. Lo dijo como quien ofrece un pasillo seguro en medio de un salón demasiado ruidoso.

Ella miró ese espacio libre.

Un paso sería suficiente para aceptar.

Y lo dio.

Camínaron unos metros entre las parejas, avanzando por el borde del salón, donde la música llegaba más templada y las luces se filtraban en destellos cobre.

Él habló primero, sin mirarla de frente, como si temiera romper el delicado equilibrio recién creado.

«¿Puedo saber tu nombre?»

Ella mantuvo la vista en el camino que abrían entre los invitados, su máscara inclinada apenas hacia un lado.

«Gabriela.»

El nombre salió suave, casi un secreto ofrecido sin pretensión. Él lo repitió en un susurro, probando la cadencia.

«Gabriela.»

Caminaron un poco más. Una pareja les cedió paso; un abanico se cerró de golpe a su izquierda; el olor tenue de un perfume les envolvió.

Él añadió, ahora sí mirándola de reojo:

«Fritz.»

Ella inclinó ligeramente la cabeza, aceptando el nombre como quien guarda una pieza pequeña y valiosa en el bolsillo del dominó.

Pasaron bajo un candelabro bajo, cuya luz dorada cayó sobre ambos. Él se apartó medio paso para no rozarla, cuidando la distancia sin alejarse demasiado.

El salón seguía murmurando en torno a ellos, pero el paseo compartido empezaba a sentirse como una decisión más profunda que un simple desplazamiento entre máscaras.

Caminaron unos pasos más, deslizándose entre máscaras que reían sin realmente mirar. Fritz mantuvo el tono bajo, atento a cada gesto de Gabriela.

«¿Has visto alguna vez a la emperatriz?»

La pregunta cayó con naturalidad, pero escondía una intención más fina. Ella volvió apenas la cabeza; la máscara no permitía leer expresión alguna.

«De lejos... alguna vez.»

Silencio breve.

«Es una figura difícil de olvidar.»

Nada en su voz revelaba nervios. Sin embargo, Fritz sintió cómo algo despertaba en su pecho, un presentimiento antiguo, casi absurdo, que decidió guardar para sí. No insistió. No quería quebrar la noche.

Caminaron bordeando el salón, conversando sobre literatura inglesa, sobre un libro extraviado en Londres, sobre un puente en Verona, sobre ciudades que parecían pertenecer a alguien que vive siempre a punto de marcharse.

Ella añadió, con esa serenidad envolvente que no necesitaba explicación:

«Viajo mucho. A veces demasiado.»

Fritz sonrió con un gesto corto, como quien reconoce una verdad sin pedirla.

«Entonces quizá nos encontremos en algún lugar
lejos de Viena.»

No esperaba respuesta. Ella, en cambio, la ofreció
con una dulzura casi irónica:

«Quizá.»

Fue entonces cuando Gabriela vio al conde húngaro.
Un rostro conocido, demasiado cercano a su círculo
privado. El dominó amarillo se tensó. Gabriela
detuvo el paso. Sabía de sobra que podía contar con
su silencio, sin embargo, optó por huir...una vez más.

«Debo irme.»

No había urgencia en la voz, pero sí un filo de alarma
que solo alguien observador podría captar.

Fritz no dudó.

«Te acompaño.»

El dominó colocó el punto.

«Solo hasta el carruaje.»

Atravesaron el salón con un movimiento rápido,
discreto. La música cubrió la huida. Nadie reparó en
la figura dorada que cruzaba hacia la salida ni en el
hombre sin máscara que la seguía a pocos pasos.

Fuera, el aire frío de Viena brillaba sobre los faroles.

El carruaje esperaba. Un Simón oscuro, con cortinas
gruesas y sin identificación alguna. Gabriela colocó
un pie en el estribo, giró hacia Fritz y, por primera
vez desde que hablaban, su voz se volvió seria.

«No vuelvas a entrar.»

No era una orden. Era un ruego. Una protección. Adentro había un conocido. No fuera a ser que lo interrogaran.

Fritz asintió sin preguntar. Ella subió. Las cortinas se cerraron con un gesto delicado, silencioso, definitivo.

El carruaje se perdió entre las sombras de las calles vienesas.

Unas semanas después del baile, Fritz encontró un sobre sin marcas en su correspondencia. El trazo era firme, elegante, desconocido. Al abrirlo, reconoció al instante la voz que se escondía tras aquellas líneas.

Gabriela le escribía.

Decía que no solía mantener contacto con nadie de los salones, que la noche del baile había sido un paréntesis inesperado y que, aun así, algo de su conversación merecía no perderse del todo. Añadía que los viajes la retenían lejos de Viena, pero que deseaba saber si él había vuelto al salón sin sobresaltos.

Fritz respondió ese mismo día. No había vuelto al salón. Su carta era prudente, casi tímida, aunque dejaba ver un interés transparente. No preguntó su identidad; solo agradeció el gesto y deseó que sus caminos volvieran a cruzarse en alguna ciudad futura.

Ella contestó.

Luego él.

Después otra carta de ella.

Así nació el intercambio: escueto, elegante, irregular, lleno de silencios que valían más que muchas palabras. Hablaron de libros, de ciudades, de estaciones de ferrocarril donde ella pasaba sin detenerse. Él le confiaba pequeñas escenas de su vida diaria; ella describía horizontes y despedidas.

Fritz guardó cada carta en una caja de madera. Nunca supo por qué o quizás sí. Tal vez fueran historia viva.

Con el paso de los años, la correspondencia entre ellos fue volviéndose más ligera y, al mismo tiempo, más íntima. Las cartas de Gabriela llegaban desde ciudades distantes, escritas en vagones nocturnos, en camarotes silenciosos, en hoteles donde nunca se quedaba más de dos días. A veces enviadas por diferentes personas desde lugares donde ella no se encontraba en ese momento. Relataba paisajes, encuentros fugaces, cielos cambiantes. Y en medio de todo, una ironía suave que Fritz aprendió a reconocer como un sello propio.

A veces le enviaba versos breves, casi traviosos. Otras, comentarios humorados sobre la calvicie que él mencionaba con exagerada modestia. Se reía con una elegancia que desarmaba.

Para Fritz, aquellas cartas eran una ventana a un mundo que no podía imaginar.

Para ella, eran un pequeño resquicio de libertad, un juego limpio, inocente y brillante en mitad de una vida que la asfixiaba con silencios más pesados que cualquier protocolo.

Hubo un período largo en que dejó de escribir.

Fritz pensó que sus viajes la habían llevado demasiado lejos.

Sin embargo, una mañana, en la oficina de correos, apareció un sobre dirigido a él. No llevaba sello reciente. Era la respuesta que ella había escrito desde Ginebra. Fritz le respondió que ya era hora de quitarse la máscara.

El sobre quedó allí, intacto, retenido en un apartado postal.

Como si aguardara una última decisión que ya no podía tomarse.

Gabriela nunca volvió a escribirle.

Tiempo después llegó la noticia que recorrió Europa: el asesinato de la emperatriz en el lago Lemán.

Fritz no relacionó nada. No podía.

Años más tarde, convertido en un anciano de mirada clara, contó que todavía guardaba todas las cartas en una caja de madera. Las abría de vez en cuando, sin nostalgia, como quien revisa un capítulo que no termina de cerrarse.

Tenía ya ochenta y seis años cuando le confirmaron lo que él había sospechado desde aquella noche del baile:

Gabriela y
Sissi eran la misma persona.

La caja de madera permaneció en silencio durante décadas, custodiando papeles que aún conservaban un leve aroma a tinta antigua. Fritz la abría de vez en cuando, no para recuperar el pasado, sino para recordar que algunas noches dejan una huella más honda que muchos años. En aquel baile, entre máscaras y luces doradas, dos vidas se cruzaron solo un instante, pero bastó para que la memoria reconociera lo que el mundo nunca supo nombrar.

Hay historias que no necesitan cerrarse.
Simplemente descansan.

La reina que nunca se quedaba

Decían que el palacio despertaba antes que el sol solo para seguirle el rastro. Tenía pasos tan ligeros que los sirvientes aprendieron a reconocerla no por el sonido, sino por el aire que se desplazaba cuando cruzaba un pasillo, como si su presencia fuese más viento que cuerpo. En Viena, todo parecía demasiado quieto para ella. Las ventanas imperiales se cerraban justo cuando ella más necesitaba abrirlas.

La corte lo llamaba inquietud.
Ella lo llamaba supervivencia.

Le gustaba partir cuando nadie la esperaba, montar en un tren nocturno sin anunciar destino, atravesar estaciones donde solo la veían como una dama alta envuelta en velos. Al llegar a Hungría, el ambiente cambiaba: los rostros eran más francos, el idioma más vivo, la tierra más cálida. Allí respiraba sin sentirse observada, sin el peso del protocolo que en Viena la seguía como una sombra obstinada.

Había un lugar que parecía inventado para su alma:
El Castillo de Gödöllő

Construido en tiempos de María Teresa, era una mezcla amable de grandeza y sencillez. Las colinas lo rodeaban como un abrazo inmenso y, en los amaneceres, las brumas parecían venir de un mundo donde las obligaciones no existían. Cuando el pueblo húngaro le entregó ese palacio como regalo,

comprendió algo que no podía explicarse en Viena: allí no era una emperatriz, era una mujer a la que abrían la puerta del corazón.

En Gödöllő no se escondía; se disolvía. Caminaba entre jardines que parecían escucharla sin juzgar, montaba a caballo con una libertad que ninguna corona podría otorgar. A veces escribía versos en cuadernos diminutos. Otras, simplemente miraba el horizonte, convencida de que el mundo solo tenía sentido cuando se estaba en movimiento.

Quizá por eso no soportaba estancias largas. Quizá por eso su nombre era más rumor que presencia.

Quizá por eso su vida fue un largo viaje sin retorno.

Pero quienes la vieron cabalgar por la llanura húngara contaban que allí, y solo allí, la melancolía dejaba de perseguirla. Como si la tierra reconociera a una hija extraviada y la invitara a quedarse un instante más.

Nunca se quedó del todo.

Tampoco se fue por completo.

Al final, su figura quedó repartida: una parte perdida en los interminables corredores de Viena, otra deslizándose para siempre entre los prados silenciosos de Hungría. Y el resto, quizá la más verdadera, escondida en los pequeños gestos que solo unos pocos supieron ver: una sonrisa discreta, un libro abierto en mitad de un viaje, un suspiro que

pedía distancia incluso cuando estaba rodeada de mundo.

Hay vidas que no pertenecen a un lugar.

Pertenecen al movimiento.

Y la suya fue una de ellas.

Descargos legales

Relato inspirado libremente en lecturas públicas y contenidos disponibles en la red acerca de Elisabeth de Austria.

No pretende reproducir hechos documentales ni sustituir estudios académicos sobre la figura histórica ni sobre las personas reales mencionadas indirectamente.

Los personajes, escenarios y situaciones descritos forman parte de una obra de ficción literaria. Cualquier coincidencia con hechos o diálogos reales es puramente casual o resultado de interpretaciones narrativas.

El presente texto no tiene finalidad biográfica ni histórica, sino recreativa y literaria.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial sin autorización de la autora Marie Pouvet®.